

miento, escuadron de la Emperatriz.—Division de reserva—General en jefe el Exmo. Sr. D. Santiago Vidaurri.—Brigada de infantería—General en jefe, Piña.—Cuerpos 15º de cazadores, 8º, 18º y 20 de línea.—2ª brigada de caballería—Comandante en jefe, Quiroga.—Cuerpos rifles de la Frontera, Tiradores, 5º de lanceros.—Artillería dos baterías de á 12 y obuces de 36.—Tren 90 carros.—Comisaría.—Tiene los fondos suficientes.—El Exmo. Sr. general Vidaurri con la division de reserva sigue otro camino que el que llevan mis tropas; pero debo reunirme en la hacienda de la Jordana. Firmada, Monte Alto.—El general en jefe L. Márquez.

El engaño que contenia la anterior comunicacion, se conoció despues, cuando ya habia surtido su efecto el dia 3 de Mayo, conteniendo el ataque de San Gregorio, en el cual pudieron los republicanos haber sufrido una derrota completa; y esto explica, como en la plaza de Querétaro siempre se recibian noticias de la marcha del general Márquez, á la vez que en México se recibian cartas del Emperador en que encargaba que aquella plaza se defendiera y conservara á todo trance. Y la clave para estas comunicaciones, ó la reveló alguna persona, ó los mismos republicanos la descifraron en las comunicaciones que llevaban los correos que cayeron en su poder. El hecho es, que valiéndose de este engaño, hicieron permanecer al general Márquez en México y al Emperador lo mantuvieron con una continua esperanza de un pronto auxilio, para no emprender un ataque decisivo, como constantemente se estaba intentando, y el cual, los republicanos no hubieran resistido apesar de lo numeroso de sus fuerzas.

Cuando ya fué bien conocido el engaño hecho por los enemigos, y haciéndose aquella situacion mas apremiante cada dia, se pensó ya ponerle definitivamente un tér-

mino, siguiendo el plan que para esto habia presentado el general Miramon. Para auxiliar el movimiento general del ejército, se pensó utilizar el grande prestigio que el general Mejía tenia en Querétaro, haciendo que él invitara al pueblo á tomar las armas y ayudar al ejército en una operacion que seria definitiva de aquel largo y penoso sitio.

Aunque con grande esfuerzo, montó á caballo el general Mejía el dia 12 de Mayo y recorrió las calles de la ciudad, á la vez que la invitacion al pueblo se hizo circular impresa; y para la tarde del 14 de Mayo se habian alistado mas de mil hombres, de los cuales se tomó solo el número proporcionado á las armas de que se pudo disponer, quedando ya determinado el movimiento general del ejército para la madrugada del dia 15 pero quedando toda la fuerza en su respectiva formacion desde las once de la noche. El general Miramon llamó á su casa á todos los gefes de los cuerpos para comunicarles las órdenes convenientes, y haciendo un especial encargo al coronel Pedro Gonzalez, de la custodia del Emperador con el cuerpo de su mando que era el regimiento de la Emperatriz

Esa noche ocurrió al convento de la Cruz acompañando al señor ministro García Aguirre, y apesar de que ya estaba acordado y resuelto lo que se debia hacer, hallamos reunida una junta de generales en el alojamiento del Emperador, que no habia concluido hasta las once y media de la noche, en que nos separamos de aquel lugar; por lo cual quedamos sin saber en aquel acto el objeto de la junta, sabiendo despues, que el general Méndez habia solicitado que se desfiliera el movimiento hasta el dia siguiente; y que presentadas por el Emperador estas razones al general Miramon y demas gefes principales, acordaron acceder á aquellas peticiones. ¡A qué incidentes tan pequeños están sujetos los mas grandes acontecimien-

tos! Si el general Mendez no hace la solicitud esa noche, y que se creyó prudente acceder á ella, la fuerza está lista á la media noche como ya se habia mandado y no puede tener lugar la pérdida de la plaza de la manera que se verificó.

Sobre este punto que es el mas grave en la historia de este memorable sitio, la opinion general ha designado al coronel D. Miguel López, como autor de una traicion, que sobre la grande responsabilidad que en sí tiene ese hecho, está ademas caracterizado con la gravísima circunstancia de ser el coronel López el gefe de la brigada de reserva y de la línea de la Cruz, punto de la mayor importancia por estar allí el alojamiento del Emperador. Para vindicarse de ese crimen, ha escrito D. Miguel López un folleto; pero su relacion en muchos puntos es improbable y en otros es absolutamente falsa. A esto escrito se contestó con otros de varios gefes de los defensores de Querétaro, en los cuales recopilaron todos los datos que se pudieron adquirir y de los cuales consta que López traicionó á la causa á que servia, entregando al enemigo la plaza que tan heroicamente se defendió setenta dias, luchando con toda clase de obstáculos y dando un evidente testimonio del valor de los que la defendieron.

De las relaciones á que me refiero, se deduce: que el coronel D. Miguel López, seducido por los sitiadores, se comprometió á entregar el punto de la Cruz del cual era gefe, y esto equivalia á darles el triunfo á los enemigos, así porque allí estaba la residencia del Emperador y del gefe del Estado Mayor, como porque posesionados los sitiadores de aquel punto, lo estaban como en efecto lo estuvieron, de toda la plaza, sin que á las demas fuerzas les quedara medio posible de defensa.

Para la ejecucion de este crimen, se retiró la guardia

del punto mas avanzado de la fortificacion, y por él entró el general Velez con los batallones denominados Supremos Poderes y Nuevo Leon, que se fueron conduciendo por el mismo López á todos los puntos de la fortaleza donde habia alguna guardia, la cual era relevada por los republicanos, sin que en toda esta operacion se hiciera resistencia alguna, supuesto que, el relevo lo mandaba el mismo gefe de la línea á quien todas las guardias tenian obligacion de obedecer.

Empezada la traicion á las dos de la mañana: para las cuatro y media se habia ocupado toda la línea y fortaleza de la Cruz, teniendo ya prisioneros á todos los oficiales y ocupadas todas sus entradas y alturas: á esta hora fué advertido aquel movimiento por una persona de la servidumbre del Emperador; y habiéndole dado aviso, pudo salir de allí acompañado del general Castillo, el Príncipe de Salm y su ayudante el teniente coronel Pradillo, dirigiéndose al Cerro de las Campanas. Esto tomo de las relaciones que constan en los escritos á que me he referido; y en seguida manifiesto lo que yo presencié.

A las cuatro y media ó tres cuartos para las cinco de la mañana del dia 15 de Mayo, pasó el teniente coronel Pradillo por la casa de mi alojamiento, revelándome que algo grave pasaba en la plaza, la velocidad con que iba, llevando el caballo que acostumbraba montar el Emperador. Salí luego de la casa para ir al Cuartel General á tomar informes; y saliendo á la calle encontré á una compañía del batallon Supremos Poderes, que bajaba de la Cruz, lo cual me sorprendió; pero como se habian hecho algunos prisioneros de ese batallon, hice la reflexion de que ellos serian los que formaban aquella fuerza, y tanto mas lo creí así, cuanto que el gefe que la conducia era el coronel López quien iba con su uniforme mili-

tar. Apenas se habia alejado de mí aquella fuerza como veinte varas, cuando gritaron los soldados, «¡Viva la libertad!» y oí la voz de López que me era bien conocida, diciéndoles «Cállense todavía no es tiempo.» Esto me hizo creer que la plaza se habia perdido; aunque yo suponía haberse hecho alguna capitulación, que permitiera la salida de la plaza, del Emperador y los principales gefes.

Apresurándome mas, llegué á la Cruz; y al entrar me dijo el teniente de artillería Banda, que habian traicionado entregando la Cruz; pero que el Emperador se habia podido salir de allí. Volví luego á la casa de mi alojamiento, de donde tomé mi caballo para ir en busca del Emperador: y al pasar por la plaza de San Francisco, ví que la fuerza que habia visto al salir de la casa, estaba en la torre de la Catedral, y López que ya entonces montaba un caballo, volvia de la calle del Hospital á donde habia ido siguiendo al Emperador. Continué por esa calle hasta la iglesia de San Felipe, donde alcancé al Emperador, con el general Castillo, el Príncipe de Salm y el teniente coronel Pradillo que llevaba el caballo del Emperador, quien no habia querido montar porque no podian hacerlo tambien los dos gefes que lo acompañaban, por no tener allí sus caballos.

Cuando yo llegaba á aquel lugar, comenzó un repique en las iglesias de la Cruz, Catedral y Santa Clara, con lo cual se anunció que los sitiadores estaban apoderados de toda la Ciudad; y en el acto mandó el Emperador á un oficial que se presentaba en ese acto, para que dijera á los generales Miramon y Mejía, se reconcentraran con la fuerza que pudieran recoger, al Cerro de las Campanas, á donde se dirigió el Emperador.

Apenas llegamos al Cerro, cuando del de San Gregorio se rempió un vivísimo fuego de cañon, que tal vez

tendria por objeto, ó llamar la atencion pública con aquel cañoneo para ocultar la traicion con que se habia tomado la plaza, ó procurar dar muerte á los gefes que iban á ese punto: pues por lo demas era absolutamente inútil, supuesto que ya tenian tomada la plaza, y en el Cerro de las Campanas, solo habia una fuerza de menos de doscientos hombres del batallon de Celaya.

Sucesivamente fueron llegando allí el general Mejía, los coroneles Gonzalez, Segura, Campos y otros gefes y oficiales, algunos solos, y otros conduciendo muy pocos soldados. El Emperador conocia que habia sido víctima de una traicion; pero no se imaginaba hasta esa hora, quién fuera su autor; y aun manifestó las sospechas que tenia en otro gefe, cuyo nombre tenia apuntado en su cartera desde el dia 3 de Mayo, según lo que nos deyo á los que allí estábamos; pero sucesivamente fué diciendo cada uno de los presentes lo que habia observado, por cuya relacion vino á formarse la opinion general de que el autor de la traicion fué D. Miguel López.

En aquellas circunstancias, la indignacion de lo que habia pasado, el temor de la suerte desgraciada de México, la mancha que iba á recaer sobre este desgraciado pueblo por aquel desenlace tan indigno, todo abrumaba la imaginacion, sin que se acertara á tomar alguna resolucion; y para esto se esperaba la llegada del general Miramon; ¡En vano se esperó! El general Miramon saliendo de su casa para ir á la Cruz antes de saber lo que habia pasado, iba por la plaza de S. Francisco, cuando lo encontró un oficial de la escolta del emperador, que corria para irse al Cerro de las Campanas, y le dijo: «Mi general, nos han vendido: entonces el general viendo que en efecto la altura de catedral estaba ocupada por fuerza enemiga, gritó, amartillando á la vez su pistola «Traidores, viva México, viva el Emperador,» á cuya voz, se mandó hacer

fuego sobre él, recibiendo un balazo en la cara. Aun pudo retirarse de aquel lugar; pero habiendo entrado á la casa del médico D. José Licea para que le extrajera la bala que él suponía habérsele quedado adentro, fué aprehendido allí, porque luego los enemigos tuvieron noticia del lugar en que se hallaba.

Cuando pasaba mucho tiempo sin que el general Miramon llegara al Cerro de las Campanas, el general Mejía dijo, que sería necesario tomar ya alguna resolución, y el Emperador contestó: «Ustedes resuelvan lo que mejor convenga hacer con vista de las circunstancias en que nos hallamos; y la resolución que vdes. acuerden, yo la mandaré ejecutar como soberano.» Entonces hizo que entraran á deliberar á la tienda de campaña que había sobre el cerro, los generales Mejía y Castillo, con los coroneles y oficiales principales que allí había.

Aquel cuadro era imponente: unos cuantos gefes tomando una resolución extrema en circunstancias las más difíciles: algunos soldados que se habían reunido y serian como 800 abajo del cerro al lado de la ciudad, llevando su fidelidad hasta el extremo, para combatir aun si así se les mandaba: la pequeña fuerza del batallón de Celaya que guarnece aquel punto, cubriendo aun sus trincheras con la calma de un héroe; y el cerro rodeado de más de diez mil hombres, ébrios de gusto por que ya tenían seguro el triunfo; y que á la vez hacian un fuego tan nutrido; con toda su artillería, que materialmente tenia envuelta aquella posición en una densa nube de humo. En aquel momento en que parecia cernir la muerte sus fatídicas alas sobre aquél lugar, el Emperador se hallaba ya menos agitado que á su llegada: conoció que había llegado el momento de perderlo todo, y esperó el desenlace con la resignación más admirable; paseándose solo en la plazuela de la fortificación. Se acercó á donde yo estaba para

preguntarme como evitaria que cayéran en manos de sus enemigos, sus condecoraciones, cartera, reloj y algunos otros objetos que traia y deseaba no se perdieran, á lo cual le dije: que podría salvar todo aquello D. José Blasio su escribiente, y en ese momento cayó una granada á distancia de una vara de donde nos hallábamos: nos cubrió el humo y el polvo; y casi tuvimos como segura la muerte, que el Emperador hubiera recibido sereno, pues apenas pasó aquel estrago y me dijo «Qué satisfactorio es tener la conciencia tranquila en estos momentos.»

Entonces salia el general Mejía diciendo: que la resolución de todos los gefes, era formar en columna la poca fuerza que se había reunido: tomar la iniciativa sobre el enemigo que asediaba el cerro, para hallar la muerte peleando, ó abrirse paso entre sus filas, tomando luego el camino de la Sierra. El Emperador le mandó que él mismo diera las órdenes para ejecutar aquel pensamiento; y luego el general Mejía mandó al coronel Gayon gefe del batallón de Celaya, que formara su fuerza para que tomara la vanguardia. El coronel Gayon le hizo algunas observaciones manifestándole lo difícil que era salvarse de aquel modo: y el general le hacia ver, que ya se habían tenido presentes esas dificultades, pero que estaban todos dispuestos á morir haciendo el último esfuerzo para salvar al Emperador. Pero insistiendo Gayon en sus objeciones, volvió el general Mejía con el Emperador diciéndole: que siendo aquel el único cuerpo que allí había organizado, pues el resto de la fuerza eran piquetes de distintos cuerpos, y no contando en su gefe con la decisión que animaba á los demás, emprender cualquiera cosa seria hacer un sacrificio inútil, y que mejor sería rendirse. Entonces el Emperador mandó á su ayudante Pradillo que fuera en busca de Escobedo para que hiciera presente aquella resolución; y para que se suspen-

diera aquel fuego inútil que hacia el enemigo, se pusieron sobre la fortificación banderas blancas, hechas del mismo género de que estaba formada la tienda de campaña. Mientras se esperaba la vuelta de Pradillo, un oficial de la fuerza enemiga situada á la parte occidental, subió al cerro diciendo: que el jefe de la fuerza quería hablar á con la persona que mandara en aquel punto; y poco después subió un jefe, que yo no conocí, y al cual dijo el Emperador: «Ya hemos mandado decir á Escobedo nuestra resolución de rendirnos, sin pedir mas garantía que la de que mi sangre sea la última que se derrame.» El jefe republicano contestó: que no teniendo facultades de ofrecer cosa alguna, nada podia decir; pero que el jefe de aquella línea era el general Corona á quien podian ir á ver. El Emperador acompañado de cuantos estábamos allí, fué con el general Corona, á quien encontramos cerca de la garita de Celaya, quien dió el Emperador volví con el general Escobedo que venia por la garita de S. Pablo; y á todos los demás jefes y oficiales los mandó de allí presos, no acompañando á S. M. sino los generales Mejía y Castillo y su ayudante Pradillo. Donde encontramos á Escobedo, el Emperador se quitó su espada, presentándola al jefe de los republicanos, diciéndole: «Ya soy prisionero de vd. pues no me quedó medio de defensa al ser vendido.» Escobedo tomó la espada que dió á uno de los que lo acompañaban; y parte de su escolta llevó presos á Mejía, Castillo y Pradillo, quedando solo el Emperador con Escobedo sin que lo acompañase ya otra persona, sino el autor de esta obra, que á distancia de dos varas presencié aquella entrevista y por lo mismo puede asegurar que no es cierto, como ha escrito D. Juan de D. Arias, que el Emperador solicitara de Escobedo le permitiera irse custodiado de una escolta, para embarcarse para Europa. En aquel momento no pasó id

sino lo que acabo de referir, y cuando ya se habian llevado presos á los generales, subieron el cerro el Emperador y Escobedo, y á la entrada del fortin le dijo el primero: «Si D. Benito Juárez estuviera aquí, no le haria mas súplica, sino que ya no se derrame sangre mexicana: quiero que la mia sea la última que se derrame por todos los mexicanos.» Esto mismo digo á vd. y quiero que se lo haga saber.» Después de los ofrecimientos que este exigió de parte de Escobedo, lo mandó preso á su anterior alojamiento de la Cruz, conduciéndolo siete soldados de su escolta, que siguieron al Emperador á una distancia conveniente. Al llegar á la Cruz desmontó el Emperador de su caballo que lo regaló al general Riva Palacio á quien tenia especial afecto, pues desde que se dió la famosa ley de 3 de Octubre de 65 habia dado orden de que no se aplicara al Sr. Riva Palacio, queriendo hacer de él una excepcion. «Dos meses de sitio en que hubo combates dignos de una memoria especial en la historia general del país, dice D. Rafael Martinez de la Torre en su artículo del Libro Rojo, pusieron término á esa lucha desigual entre sitiados y sitiadores. Estos tuvieron abundantes recursos que les enviaban de todo el país abierto á su poder, mientras que en la ciudad faltaban los elementos necesarios para la vida.» «Toda crisis política tiene su término, que es principio y fin de goces y sufrimientos. La ocupacion de una plaza sitiada es una página de doble vista, para unos es vida, animacion, alegría, poder, porvenir, lisonjas, plácemes, felicitaciones; para otros es un negro abismo.» «La ciudad de Querétaro el dia 15 de Mayo, era para muchos un cementerio donde mas que por la muerte misma, tenia el alma de la poblacion una tristeza aterradora, porque era la tumba de mil esperanzas, el sepulcro de